

## LOS CRONISTAS DE LA CONQUISTA

---

Se ha intentado diversas clasificaciones de los cronistas. Markham, en "Los Incas del Perú," esboza una doble clasificación: por la profesión y por la raza. De acuerdo con la primera, los divide así: los *cronistas soldados* (Cieza, Betanzos, Sarmiento, Pedro Pizarro), los *cronistas geógrafos* (los autores de las Relaciones Geográficas de Indias), los *cronistas legistas* (Zárate, Ondegardo, Santillán, Matienzo) y los *cronistas religiosos* (Acosta, los Molina, Montesinos, Blas Valera, Cabello Balboa, Morúa). Pero admite Markham un segundo criterio para su clasificación: los *cronistas mestizos* (Valera, Garcilaso) y los *cronistas indios* (Santa Cruz, Pachacutec, Huamán Poma de Ayala).

Riva Agüero, en su "Historia en el Perú," parece aceptar la división entre *cronistas españoles* y *peruanos*. En su obra estudia únicamente a los cronistas nacidos en el Perú (Blas, Valera, Garcilaso, Pachacutic, Titu Cusi Yupanqui).

El escritor francés Luis Baudin, en su reciente libro "L'Empire Socialiste des Incas", adopta un criterio cronológico y divide los cronistas en esta forma: 1ª los cronistas que vieron el Imperio Incaico (Jerez, Estete, Sámanos, Molina, Betanzos, Sancho, Pedro Pizarro, Marcos de Niza); 2ª los que llegaron destruido el Imperio Incaico, pero alcanzaron sus últimos vestigios (Cieza, el Palentino, Gutiérrez de Santa Clara, Benzoni); 3ª los cronistas que sin haber estado en el Perú, recogieron su relato de los primeros conquistadores (Las Casas, Gómara, Oviedo, Herrera); 4ª los cronistas de la época de la colonización, o período de la documentación y la síntesis, cuyos datos fueron recogidos en el lugar mismo de los acontecimientos (Garcilaso, Sarmiento de Gamboa, Cabello Balboa, Molina el cuzqueño, Acosta, Santillán, Ondegardo, Falcón, Matienzo); y 6ª los historiadores españoles del siglo XVII (los eclesiásticos Lizárraga, Morúa, Calancha, Arriaga, Anello Oliva, Montesinos y Cobo y el indio Santa Cruz Pachacutec).

Luis Alberto Sánchez, desde un punto de vista literario, los clasifica en su "Historia de la Literatura Peruana" (Tomo II, pág. 42),

en tres grupos: *los cronistas* (los historiadores), *los doctrineros* (catequizadores) y *los juristas* (justificadores de la conquista).

Las clasificaciones de Markham y Baudin se contraen únicamente a los cronistas que se ocuparon del Imperio Incaico, pero pueden adoptarse para una clasificación de los historiadores de la conquista. La de Riva Agüero no es aplicable a un estudio general de las fuentes históricas de la conquista. La de Sánchez enfoca particularmente el aspecto literario.

Una clasificación apropiada de los cronistas de la conquista podría hacerse adoptando un criterio cronológico, pero informándolo al mismo tiempo con la indispensable referencia a la calidad personal de los cronistas. En suma, la norma de Baudin, adicionada con las de Markham y Riva Agüero.

La clasificación adaptada para nuestro curso será la siguiente:

1º Los cronistas que intervinieron o presenciaron el *primer momento de la conquista* (viajes de Pizarro, prisión de Atahualpa, toma del Cuzco, fundación de las primeras ciudades). Caben en esta corta pero intensa etapa, de 1524 a 1535, cuatro principales cronistas: Francisco de Jerez, Pedro Sancho, Miguel de Estete y Pedro Pizarro, todos ellos soldados, y en segundo término, el cronista anónimo de 1534, los frailes Molina y Naharro, Juan de Sámano, Alonso Henríquez, y las cartas de Francisco y Hernando Pizarro, el obispo Valverde y Fray Marcos de Niza.

2º Los cronistas que intervinieron o presenciaron el segundo momento de la conquista del Perú, o sea el de *las guerras civiles* entre los conquistadores hasta la rebelión de Hernández Girón (1534-1556). Son: Pedro de Cieza, el contador Agustín de Zárate, Diego Fernández, llamado el Palenfino; Pedro Gutiérrez de Santa Clara y el inca Titu Cusi Yupanqui. Con excepción de Zárate y del inca, son también cronistas soldados.

3º Los *cronistas reales* o españoles, que escribieron fuera del Perú, ya sea en la época inmediata a la conquista o hasta un siglo después de ésta. Son Gonzalo Fernández de Oviedo, Francisco López de Gómara, Juan Bautista Calvete de la Estrella y Antonio de Herrera.

4º Los *cronistas mestizos e indios* de fines del siglo XVI y principios del XVII: Blas Valera, Garcilazo de la Vega y Huamán Poma de Ayala.

5° Los *cronistas eclesiásticos* de fines del siglo XVI y principios del siglo XVII. Los jesuitas Acosta, Bernabé Cobo, Anello Oliva y el clérigo y licenciado Montesinos. (1)

## LOS CRONISTAS DEL PRIMER MOMENTO DE LA CONQUISTA DEL PERU (1524-1535)

FRANCISCO DE JEREZ, que publicó en Sevilla, en 1534 la primera Relación de la Conquista del Perú, fue secretario de Francisco Pizarro. Jerez había nacido en Sevilla en 1498. A los quince años se embarcó para América. Pasó diecinueve años en pobreza y necesidad. Pero enrolado en la expedición de Francisco Pizarro, le sonrió la fortuna en Cajamarca. En el reparto del rescate de Atahualpa le correspondió, según el acta otorgada por Pedro Sancho, 409 marcos de plata y 10,000 marcos de oro. Jerez, mucho más cuerdo y feliz que sus demás compañeros de conquista, que perdieron su fortuna en el juego o siguieron arriesgando la vida en la empresa de la conquista: consiguió permiso de Pizarro, con otros españoles, para regresarse a la patria, llegando a Sevilla en el mes de Junio de 1534, en una nao de su propiedad. En Sevilla se distinguió por su filantropía y virtud, repartiendo gruesas limosnas a los menesterosos.

Jerez, a pesar de no haber seguido la carrera militar, es un cronista soldado. Pasó todas las penalidades famosas del descubrimiento del Perú, fué herido en una pierna y se distinguió por su bizarría.

La Relación de Jerez, es una de las fuentes más valiosas para la historia de la conquista. Es el testimonio directo de un actor y testigo excepcional de los hechos, por su cercanía al héroe del descubrimiento del Perú. La Relación abraza desde la iniciación del primer viaje de Pizarro, cuya fecha establece (14 de Noviembre de 1524) hasta el reparto del rescate de Atahualpa.

Algo suscito en el relato del viaje marítimo Jerez esmera su minuciosidad desde el momento en que Pizarro pisa territorio de los

---

(1) Bibliografía.—“Los Incas del Perú,” por Clements R. Markham.—Lima, 1920. “La Historia en el Perú,” por José de la Riva Agüero.—Lima, 1910. “L’Empire socialiste des Inkas”, por Luis Baudín.—París, 1928. “Historia de la Literatura Peruana”, por Luis Alberto Sánchez, Tomo II.—Lima, 1929.

Incas. Es irremplazable para conocer la marcha de Pizarro y sus compañeros, de Tumbes a Cajamarca: fundación de San Miguel, conspiraciones y castigos de los caciques de la Chira y Amotape, paso de los españoles por caminos y pueblos incaicos, como los de Caxas y Huancabamba, con sus tambos y "mezquitas" y el "acllahuasi" o refugio de mujeres con sus altas cercas. Las diversas embajadas de Atahualpa a Pizarro están descritas con fidelidad asombrosa, casi con las mismas palabras y gestos de los mensajeros incaicos; los presentes de Atahualpa, de ovejas y de "patos secos desollados," que Pizarro correspondió enviando camisas para Atahualpa. Los diálogos entre indios y españoles, parecen de una absoluta fidelidad, particularmente el que se refiere a la entrevista entre Hernando Pizarro y Atahualpa que culminó con la invitación al Inca para cenar en Cajamarca. También son de principal interés, la descripción de la ciudad de Cajamarca (págs. 48 y 49), la descripción del cortejo de Atahualpa al ingresar a la plaza de aquella ciudad y el relato de la captura del Inca. Jerez apunta todo minuciosamente y nos hace penetrar en la intimidad del Inca cautivo, describe el aposento del monarca prisionero (pág. 64), transcribe las palabras del Inca y sus diálogos teológicos con Pizarro, las confidencias de Atahualpa sobre Huáscar y el ofrecimiento del rescate.

Aunque la Relación de Jerez sea enteramente justificativa de la actitud de Pizarro, y exagere las noticias sobre la presunta conspiración de los indios en contra de los españoles, que fué la causa que se pretextó para la muerte del Inca, no está exenta de simpatía hacia Atahualpa. Ciertamente lo juzga con criterio europeo, como un monarca bárbaro y declara que con su muerte "pagó los grandes males y crueldades que en sus vasallos había hecho," porque fué "el mayor carnívero y cruel que los hombres vieron" y "por muy pequeña causa asolaba un pueblo por un pequeño delito y mataba diez mil hombres." Pero al lado de estas consideraciones justificativas de la sentencia expedida contra el Inca no escaseaban los rasgos de simpatía moral por Atahualpa. El retrato de éste es particularmente interesante: "Atahualpa—dice el cronista—era hombre de treinta años, bien apersonado y dispuesto, algo grueso; el rostro grande, hermoso y feroz, los ojos encarnizados en sangre; hablaba, con mucha gravedad, como gran señor; hacía muy vivos razonamientos, y entendidos por los españoles conocían ser hombre sabio; era hombre alegre, aun-

que crudo; hablando con los suyos era muy robusto y no mostraba alegría" (pág. 69). En otro lugar elogia su astucia diciendo que los españoles se admiraban "de ver en hombre bárbaro tanta prudencia" (pág. 109).

En la Relación de Jerez se halla intercalada una narración del viaje de Hernando Pizarro a Pachacamac, escrita por Miguel de Estete, que es una impresión del Imperio de los Incas sorprendido por los primeros testigos europeos. (1)

A Francisco de Jerez sucedió PEDRO SANCHO DE LA HOZ en la secretaría de Pizarro, aunque según parece, en forma provisional o como teniente de escribano de Juan Sámano Secretario y Escribano General del Reino. Sancho continuó la Relación de Jerez, desde el reparto del rescate hasta después de la toma del Cuzco y el regreso de Pizarro a Jauja. El término de su relación se halla fechado en Jauja el 15 de Julio de 1534.

Sancho no tiene la austeridad personal de Jerez. Su vida le revela un personaje algo truhanesco o de novela picaresca. En Cajamarca recibe la parte que corresponde al clérigo Juan de Sosa, en el rescate de Atahualpa, pero sin que éste consiga más tarde recibir de su apoderado un sólo maravedí. Enriquecido con 50,000 ducados que se llevó del Perú, se establece en Toledo, donde alcanza a casarse con una dama de linaje y a ser nombrado regidor. Llevado sin embargo de su espíritu aventurero, obtiene de Carlos V una capitulación para efectuar descubrimientos al sur de las gobernaciones conocidas. En el Perú, al que regresa en 1539, se asocia con Pedro de Valdivia, para la conquista de Chile. Probablemente ha dilapidado su fortuna, porque no puede cumplir sus compromisos con Valdivia. A pesar de esto va a Chile y en ausencia de Valdivia, Villagra, teniente gobernador, sospecha de las intrigas de Sancho y ordena cortarle la cabeza.

---

(1) **Bibliografía.**—La Relación de Jerez, se imprimió por primera vez en Sevilla en 1534; la segunda en Salamanca, en 1547. Posteriormente aparecieron otras ediciones, pero las más comunes hoy son las españolas de 1891, en la colección de libros que tratan de América, raros o curiosos, y la publicada en la colección peruana Urteaga Romero, Tomo V de la primera serie. También se halla la Relación de Jerez, en el Tomo XXVI de la Biblioteca de Autores Españoles de Rivadeneyra. Sobre la biografía de Jerez véase: la noticia de don Enrique Vedia en el tomo citado de la Biblioteca Rivadeneyra, y el prólogo de don Carlos A. Romero al tomo 3 de la colección Urteaga Romero.

Pero la poca seriedad del cronista está compensada por la autorización que a su relato dieron el propio Pizarro y sus oficiales. Consta al pie del manuscrito de Sancho esta declaración firmada por Francisco Pizarro, el tesorero Riquelme, el veedor García de Salcedo y el contador Antonio Navarro: "La escribí justamente como pasó y acabada la leí en presencia del Gobernador y de los oficiales de S. M. y por ser todo así, el dicho Gobernador y los oficiales de S. M. la firman de su nombre." García Icazbalceta considera, con razón, "que no hay documento que se acerque más a una relación dictada por el mismo Pizarro que la que escribió su secretario Pero Sancho."

El relato de Sancho tiene interés particularmente para conocer la marcha de Pizarro de Cajamarca al Cuzco. Se hallan en él una ligera referencia a la causa y al suplicio de Atahualpa, el que atribuye a los proyectos de éste de una conspiración en contra de los españoles, y detalles sobre las ceremonias de coronación entre los Incas, observados en la proclamación de Toparpa en Cajamarca. La parte principal del libro refiere, como en un diario de campaña, la marcha del ejército de Pizarro por Huamachuco, Huaylas, Cajatambo, Bombon, Tarma y Jauja; el establecimiento en esta ciudad y la fundación de la población de españoles de Jauja; continúa con la marcha hacia el Cuzco, con Soto a la vanguardia, el combate de dicha avanzada con los indios en Vilcas, el paso penoso de las cordilleras y puentes, el encuentro con el ejército de Quisquiz, el suplicio de Calcuchima, la presentación de Manco a Pizarro, su proclamación como Inca y su unión con los españoles para perseguir a Quisquiz hacia Quito. El resto del relato de Sancho se contrae principalmente a la descripción de la ciudad del Cuzco, del oro que en ella había, de su fortaleza, y de las costumbres de sus habitantes.

En Sancho no hay como en Jerez, el menor asomo de simpatía hacia el Inca, a quien llama "soberbio tirano" y al que considera honrado con los funerales que se le hicieron, "como si hubiese sido el primer español de nuestro tiempo." La intervención directa de Pizarro en el Relato es palpable, no sólo en su sequedad para con los indios sino en otros detalles, como el de echarle la culpa de la sentencia a un "doctor que entonces estaba en el ejército" y en la omisión deliberada del nombre de Hernando de Soto, del que evitan hablar tanto Sancho como Jerez, llamándole simplemente "un capitán" y del que Pedro

Pizarro dice descubiertamente que quería alzarse contra el Gobernador. (1)

El nombre de MIGUEL DE ESTETE figura ya en la relación de Jerez, como autor de la narración del viaje de Hernando Pizarro a Pachacamac. Además de este informe escribió Estete una "Relación de la conquista del Perú," que dirigió en 1535 al Consejo de Indias. Dicha relación se dice escrita antes que la de Jerez, en 1533, por lo que el Padre Angulo llama a Estete el "proto-cronista del Perú." La obra de Estete no fué sin embargo publicada hasta 1919, en que se insertó en el Boletín de la Sociedad Ecuatoriana de Estudios Históricos.

Estete no fué un soldado vulgar en la conquista del Perú. Después de buscar fortuna en los descubrimientos de Tierra Firme se decide a enrolarse entre los hombres que reclutaba el viejo Almagro, en la tercera armada que se envió a Pizarro y sus compañeros. Con ellos asiste al descubrimiento del Perú. Forma parte de la embajada de jinetes que con Hernando Pizarro y Soto entrevista a Atahualpa en Cajamarca y, en la asonada del día siguiente, llevado de su audacia, fué el que arrancó la insignia imperial de la frente del Inca. Ausente de Cajamarca, cuando se dictó y se ejecutó la sentencia de Atahualpa, increpó a Pizarro su conducta, con palabras indignadas, según cuenta el cronista Oviedo, no muy de acuerdo con la propia crónica de Estete. Fué en seguida comisionado como veedor con Hernando Pizarro para ir a Pachacamac en busca de tesoros, aventurándose con unos cuantos soldados en el corazón del Imperio Incaico, aún no sometido. Intervino en la fundación de Jauja formó parte de la expedición de Almagro contra Pedro de Alvarado y de regreso de ésta recorrió las tierras del Chimú, aún no conocidas de los españoles.

En 1535 regresó a la patria donde mantuvo amistad con el cronista Oviedo, y le proporcionó datos sobre la conquista del Perú. En 1537 se halla de nuevo en Lima, como vecino con solar y encomien-

---

(1) **Bibliografía.**—La Relación de Sancho en castellano se ha perdido. Ha sido conservada merced a una traducción italiana publicada en los viajes de Ramuzio. El mejicano García Icazbalceta la tradujo al español. La edición más frecuentada es la de la Colección Peruana Urteaga Romero, en cuyo tomo V se publicó junto con la de Jerez. (Lima, 1927). Para la biografía de Sancho, véase el prólogo de don Carlos A. Romero, al tomo V mencionado de la Colección de libros referentes a la historia del Perú.

da, pero se traslada a poco para establecerse en Huamanga. Allí tras-curre oscuramente su vida, sin mezclarse en las contiendas civiles de sus antiguos compañeros de armas.

El Padre Domingo Angulo, sagaz biógrafo de Estete, dice que su vida se eclipsa a partir de la fundación de Huamanga, que sólo reaparece fugazmente en 1553, firmando una protesta por la suspensión de la mita y pronunciándose por el Rey en la rebelión de Hernández Girón. Dice también que se ignora la fecha de la muerte de Estete. Una referencia a la muerte de Estete he encontrado sin embargo, en la "Historia de las Guerras Civiles," de Gutiérrez de Santa Clara. Este refiere que cuando Francisco de Carbajal pasó por Huamanga en busca de Centeno mandó prender a Miguel de Estete, "hombre viejo que había sido Veedor de Su Majestad en la Conquista de esta tierra y de los primeros hombres a considerar los secretos del." Junto con Estete fueron apresados cuatro vecinos más "muy ricos y hacendados todos." Carbajal les buscó un clérigo para que se confesaran y sin escuchar las súplicas que se le hicieron, los mandó ejecutar. "Fueron sacados de la cárcel a pie y sinregonero que manifestase sus delitos y los llevaron a la picota con mucha guarda de gente de a caballo y arcabuceros y allí fueron todos cinco miserablemente ahorcados sin saber nadie el por qué" (C. de Santa Clara. III. 37 y 38). No cabe duda de que él ajusticiado a que se refiere G. de Santa Clara fué el cronista Estete. Su título de Veedor de su Majestad y la referencia a que fué uno de los primeros que entraron en el Cuzco, cuando Pizarro envió los comisionados que habían de recoger el rescate de Atahualpa, son datos suficientes para identificarlo. El proto cronista del Perú y detentador de la borla imperial de Atahualpa murió, pues, ajusticiado, por Carbajal en 1546. El Miguel de Estete que aparece en los documentos de 1553 pudo ser hijo u homónimo suyo.

El testimonio de Estete, soldado de la conquista, camarada de penalidades y aventuras con Almagro y Pizarro, tiene tanta autoridad como el de Jerez o Sancho. Estete es mucho más explícito que los dos anteriores cronistas en relatar las incidencias marítimas y terrestres del descubrimiento en la región de "las arboledas", en las islas de Gorgona y del Gallo, en Tacamez y Coaque con sus males de verrugas y atractivo de esmeraldas, en Pasao, donde se espanta ante



las "cabezas humanas reducidas" y en Tumbes, donde solo había que admirar el templo del Sol.

El aporte principal de Estete es sobre todo en relación con las escenas en que fué actor: la visión de Atahualpa en su campamento rodeado de su corte en todo su esplendor y rigidez imperial, la descripción de la entrada procesional de Atahualpa en Cajamarca hecha con mayor vivacidad de recuerdo que los otros cronistas, el viaje a Pachacamac y la impresión del Cuzco con sus riquezas, y sus fiestas, las momias de los Incas y el culto que los Incas le daban.

Estete transmite un retrato de Atahualpa, algo más rígido y bárbaro que el de los otros cronistas. Le asigna cierta astuta doblez, aunada a una gravedad impenetrable. Según Estete Atahualpa dejó penetrar a los españoles en su reino, con ánimo siniestro de sacrificar unos al Sol, convertir a otros en sus enucos y apoderarse de sus caballos. La aparición del Inca sobre sus andas en Cajamarca, es de una altanera arrogancia, para pedir cuenta a los españoles de los abusos cometidos con sus súbditos. El fraile Valverde aparece incitando a los soldados contra el "perro" pagano y la culpa principal de la ejecución del Inca, recae sobre Almagro, para que sus soldados participaran del botín. Entre las noticias recogidas por Estete de los indios tiene interés la de la poca antigüedad del Imperio incaico del que dice "que no había noventa años que era sujeta a príncipe", anticipando la tesis de la Cieza y de Sarmiento de Gamboa. Es también interesante su descripción de los caminos incaicos "plantados de árboles de una parte y de otra que se juntan arriba y hacen sombra a los caminantes" y con sus paredes con "pinturas de monstruos y pescados y otros animales para que mirándolos pasen tiempo los caminantes".

En Estete se insinúa el primer cronista geógrafo. Su relación del viaje a Pachacamac tiene ese carácter, y en su "Relación" esboza también rápidas descripciones de la sierra y la costa, de los árboles frutales, de las ciudades, las calzadas y las costumbres de los indios, anunciando a Cieza. Su relación se detiene con el establecimiento de los españoles en el Cuzco. (1)

---

(1) Bibliografía.—La Relación de Estete fué hallada por don Jacinto Jijón y Caamaño en el Archivo de Indias y publicada en forma facsimilar en el "Boletín de Estudios Americanos" de Quito, en 1901, con notas de don Carlos N. Larrea. En

PEDRO PIZARRO vino al Perú como paje de Francisco Pizarro, cuando éste regresó de celebrar la capitulación de Toledo, para emprender la campaña definitiva de la conquista. Tenía quince años, había nacido en Toledo de Extremadura, "de los buenos Pizarros," y era primo hermano del caudillo expedicionario.

Pedro Pizarro acompañó a su jefe en todas las peripecias heroicas del último viaje hasta Cajamarca y el Cuzco. Por su juventud no se le consideró en el reparto del rescate de Atahualpa. Pero en el Cuzco, donde se avecina, se alista a los dieciocho años, como "hombre de a caballo." En el sitio del Cuzco por Manco, casi muere a manos de los indios en una comisión peligrosa.

Almagro lo pone preso en un cubo en el Cuzco. Fugitivo, se enrola en el ejército pizarrista que triunfa en la batalla de las Salinas, y luego emprende una expedición infructuosa contra el Inca Manco, bajo las banderas de Gonzalo Pizarro. Al fundarse Arequipa, Pedro Pizarro obtiene en ella, concedidos por Francisco Pizarro, solares y tierras, y pródigas encomiendas en el Collao, en Arequipa y en Tacna.

Fiel a Francisco Pizarro hasta su muerte, el rico encomendero se resiste después a todas las tentativas rebeldes, haciendo lujo de su lealtad al Rey. Los almagristas le prenden y le destierran a Charcas, después de asesinado el Marqués, pero él logra embarcarse en un navío y unirse en Piura a Vaca de Castro, concurriendo a la batalla de Chupas, en el bando del Rey.

Al producirse la insurrección de Gonzalo Pizarro, Pedro, desoyendo la voz del linaje por la de su lealtad monárquica y los ofrecimientos de Gonzalo, que le promete hacerlo su capitán, se dirige a Lima para apoyar a Núñez Vela. En Lima se encuentra con la prisión del Virrey por los oidores y, a poco, con la entrada de Gonzalo Pizarro y su proclamación como Gobernador. Preso, junto con otros vecinos leales, se salva por un rasgo de magnanimidad de Gonzalo y la amistad de Carvajal. Desterrado a Charcas y desposeído de sus indios, se enrola en las huestes de Centeno. Sigue la

---

1924 se reprodujo en el tomo VIII, segunda serie, de la Colección Urteaga Romero, con una biografía por el P. Angulo y unas notas del doctor Horacio H. Urteaga, que dicen ser de "concordancia con las crónicas de Indias" pero que son más bien de clamorosas y erróneas discordancias.

suerte de éste hasta que sus tropas se dispersan por Carbajal "en la vuelta de Arequipa." Centeno se esconde en unas lomas, "y los demás—dice Pedro Pizarro—cada uno donde la ventura nos echó, de dos en dos, buscando en dónde estar escondidos y escapar las vidas, aunque a algunos prendían y ahorcaban." Fue seguramente en este trance de su vida que Pedro Pizarro cometió la claudicación que le enrostra airadamente Jiménez de la Espada, tildándolo de "cambiabanderas." Perseguido por Gonzalo Pizarro y con riesgo de la vida, dirige a éste una carta pidiendo clemencia y ofreciéndole su adhesión. En esta carta, conservada entre los papeles del Presidente La Gasca, declara "ha diecisiete años que soy Pizarro con el alma y con la vida," recordando a Gonzalo su fidelidad al Marqués, y agrega: "Pequé, pido misericordia, que Dios no quiere del pecador más de que se conozca con enmienda." Esta carta y la intervención de Francisco de Carvajal debieron salvarle la vida, porque cayó nuevamente en manos de Gonzalo. Pero Pedro Pizarro había hospedado alguna vez a Carvajal en su casa de Arequipa, y Carvajal le perdonó, por esta segunda vez, diciéndole: "Señor, sendas vidas no tenemos, ¡por vida de tal! pues si otra vez os hé a las manos, que sólo Dios os dé la vida!"

El "cambiabanderas" volvió, sin embargo, a alistarse en las filas del Rey. Sabida la llegada de Gasca y la captura de la armada, "los servidores de S. M. nos animamos y empezamos a juntarnos y salir a poblado." Arequipa se alzó por S. M. Pedro Pizarro con otros leales fue a unirse a Centeno, pero, a pesar de ser novecientos contra quinientos, fueron vencidos en Huarina por un ardid de Carvajal.

De Huarina huyó a Jauja a juntarse con La Gasca, en cuyo ejército asistió a la batalla de Xaquixaguana, en que se deshizo el ejército de Gonzalo Pizarro. La Gasca le recompensó sus servicios devolviéndole sólo parte de las encomiendas que Gonzalo le había quitado. El Presidente tenía entre sus manos la célebre misiva de Pedro a Gonzalo y rechazando el pedido de aquél, decretó "Quédese con lo que tiene." Por ello el cronista, resentido, apunta que Gasca repartió la tierra y "siguió dando a los que habían sido tiranos y alzado a Gonzalo Pizarro y seguidole mejor," favoreciendo a muchos "pretensores sin méritos."

Años más tarde, producida la insurrección de Hernández Girón en el Cuzco, Pedro Pizarro y otros vecinos de Arequipa, se salen de la ciudad "dejando su mujer y sus hijos en poder de los tiranos" y se dirigen a Lima a unirse al ejército de los oidores. Pedro Pizarro prestó aún 16,000 pesos para la defensa de Su Majestad. Estuvo en Pachacamac, cuando Hernández Girón avanzó hasta ese punto "y se retiró, la costa en la mano." Fue también de los leales en la rota de Villacurí, donde perdido el caballo, se salvó de la muerte gracias al auxilio de un negro que le trajo un macho para que escapara del campo.

En 1568 el Cabildo de Arequipa hizo merced a Pedro Pizarro de veinte fanegadas de tierra, abajo de Tacna, en vista de la merma de indios que había sufrido dicho valle. En 1602 el Virrey Marqués de Salinas le concedió, según dice Jiménez de la Espada, una encomienda de indios en Characarí y Paucarpata, vaca por muerte de Gerónimo Pizarro.

Retirado en Arequipa, donde alcanzó a vivir octogenario, Pedro Pizarro, el paje de la conquista, escribió en 1571, ya cumplidos 56 años, su "Relación del descubrimiento y conquista del Perú."

La Relación de Pedro Pizarro comprende toda la historia del descubrimiento y conquista del Perú, y la de las guerras civiles hasta la última insurrección de Hernández Girón. Pedro Pizarro habla como testigo presencial de los sucesos, porque lo único que no vio fue la primera etapa del descubrimiento hasta el regreso de Pizarro de España, a quien vino acompañando. "Hasta aquí—afirma el cronista—digo de oídas, y lo demás vista."

El testimonio de Pedro Pizarro es inapreciable para seguir la historia de la conquista del Perú. Su relato es sencillo, claro, a veces con cierta rudeza e imperfección, pero siempre henchido de noticias, de recuerdos propios e impresiones originales. En Pedro Pizarro se pueden hallar materiales inéditos sobre el origen de la discordia entre Almagro y Pizarro, sobre el tercer viaje de la conquista del Perú, la marcha de Tumbes a Cajamarca, y la captura de Atahualpa. La emoción del mozalbete el día de la temeraria emboscada española contra el Inca está reflejada en esta frase cruda y candorosa del cronista: "yo oí a muchos españoles que sin sentillo se orinaban de puro temor." El cautiverio del Inca en Cajamarca tiene en Pedro Pizarro su mejor historiador. Su curiosidad de ado-

lescente le acercó quizás más confiadamente que otros al monarca prisionero. Nadie ha conservado, por tanto, más fielmente las palabras, las actitudes, los gestos y hasta los vestidos del Inca que el imberbe paje de Pizarro. Esta atracción inconsciente hacia Atahualpa, no lo lleva hasta el punto de disculpar a Francisco Pizarro, por la ejecución del Inca. Pedro Pizarro, como Estete, echa parte de la responsabilidad de la muerte de Atahualpa a Almagro y sus tropas. De su primo, don Francisco, asegura que se resistió a esa medida, aceptándola por necesidad. "Yo vide llorar al Marqués de pesar por no podelle dar la vida, porque cierto temió los requerimientos y el riesgo que había en la tierra si se soltaba." La imparcialidad de Pedro Pizarro queda sin embargo bien atestiguada porque reconoce, a diferencia de Jerez, Sancho y Estete, que no hubo conspiración y que hubiera sido mejor salvar al Inca, llevándolo prisionero a España, "porque quedar en la tierra no convenía."

Pedro Pizarro describe también, minuciosamente, todo lo que llamó su atención de adolescente a su entrada al Cuzco: el culto de las momias de los Incas, sentadas en ringlera en la plaza del Cuzco y atendidas por gran número de servidores; la comida del Sol en la misma plaza; los depósitos de ropas, de plumas tornasoles, mantos de chaquiras de plata y oro y de objetos artísticos de los mismos metales preciosos; el ruido incesante de atambores de un pueblo que cantaba, bebía y bailaba, día y noche; el baile de los orejones asidos de una gruesa cadena de oro; y la imponente fortaleza de Sacsahuamán con sus terrazas, azoteas y aposentos, para más de 10,000 indios.

El sitio del Cuzco se halla también descrito con vigor e interés por Pedro Pizarro, como primera empresa militar en que le tocó ya ser actor. Sus apreciaciones sobre la defensa de los indios, confirman su imparcialidad. Refiriéndose al presunto Cahuide, dice que andaba este orejón de un lado a otro "como un león" y que era "tan valeroso que cierto se pudiera escribir dél lo que de algunos romanos."

El interés de la obra de Pedro Pizarro disminuye en la segunda parte de la historia de la conquista, la de las guerras civiles, salvo cuando refiere cosas propias, que entonces deja correr la pluma. Es cierto que se despacha la historia de las guerras civiles, en pocas páginas y que decae su minuciosidad. Pero siempre se halla original y

novedoso y su relato da la sensación de transmitir una impresión fresca y directa.

No habría por que reprochar al cronista su simpatía por Francisco Pizarro. De su testimonio franco y rudo surge una figura benévola y paternal del conquistador del Perú, algo dura y seca únicamente en la exterioridad: Pedro Pizarro reconoce, sin embargo, la funesta omnipotencia de Picado sobre el Marques. En cuanto a Almagro, aceptando su valentía y méritos, no puede ocultar la aversión que le guardaba, afirmando de él que "era un hombre muy profano, de muy mala lengua, que enojándose trataba muy mal a todos los que con él andaban, aunque fuesen caballeros".

La lectura de los sucesos que dieron lugar a la guerra de las Salinas no puede hacerse sino con desconfianza a través de Pedro Pizarro. Sus noticias tienen siempre el valor de la intimidad y de su cercanía a Pizarro. Dice lo que otros cronistas no dicen o no alcanzaron a saber, pero su parcialidad es manifiesta; calla la celada contra Almagro en Mala, y dice de Francisco Pizarro, con esta inoportuna ocasión, que "era hombre que guardaba mucho su palabra".

La veracidad de Pedro Pizarro resalta en el relato de la batalla de Chupas. Desaparece en él la versión oficial y cortesana del intempestivo heroísmo del licenciado Vaca de Castro. El verdadero personaje que fué el gobernador, astuto, interesado, cauteloso, tipo perfecto del hidalgo burgués de su época, preocupado principalmente del bienestar propio y el aumento del peculio, reaparece, contradiciendo las mentiras laudatorias de los partes oficiales. Pedro Pizarro, a diferencia de los documentos contemporáneos y de las jactanciosas declaraciones de Vaca de Castro, que se comparó así mismo con un general romano por el triunfo de Chupas, refiere que Vaca de Castro se reservó para sí una guardia numerosa, con riesgo del éxito general y que en la oscuridad de la noche entró equivocadamente en el campo creyendo decidida la victoria en favor suyo, y cayendo en realidad en medio de las huestes extenuadas de Almagro.

También hay que agradecer a la casualidad la amistad entre Pedro Pizarro y Carbajal, que dió lugar a que el cronista conociera de cerca al célebre capitán y recogiera, con la facilidad y sencillez de siempre, los dichos y ocurrencias siniestras del héroe de Huarina. Cepeda y no Carvajal, según Pedro Pizarro, fué el que impidió que Gonzalo se redujera al servicio del Rey.

Los comentadores de Pedro Pizarro, alaban en él principalmente su sencillez, su falta de pretensiones literarias, su sinceridad evidente. Esta falta de aliño en la frase es acaso uno de los mayores atractivos del cronista. Habla de sí generalmente en tercera persona, como cuando dice "Pedro Pizarro se defendía con una adarga que tenía embrazada y una espada en la mano" (pág. 100). Pero el calor del relato le hace abandonar esta impersonalidad, particularmente al evocar las más dramáticas peripecias de su vida, las batallas en que estuvo, para lo que adopta orgullosamente la primera persona del plural. Así en el asalto de la fortaleza de Sacsahuaman donde dice: "Pues aguardando Juan Pizarro y los que con él estábamos" o en el relato de Chupas, en que dice: "no los podíamos herir a ellos por estar armados, y dábamos a los caballos y así les matamos y herimos casi todos", o en la derrota de Huarina: "los que salimos de Guarina con las vidas". Pero hay todavía una nota más emocionada en el lenguaje del cronista y es cuando, queriendo comunicar la evidencia de lo que dice, y que le crean, recurre ya a hablar en primera persona, como cuando, refiriendo conversaciones de Atahualpa, escribe "estando yo presente" o refiriéndose al Marqués "yo le vide llorar" o cuando afirma orgullosamente su lealtad, diciendo, "me he hallado en todas (las batallas) en servicio de S. M. y de su estandarte real, si no fué en la de Quito que no me hallé porque Gonzalo Pizarro me había quitado los indios y desterrado a Charcas porque no quise seguirle (135).

Se ha discutido mucho la parcialidad de Pedro Pizarro como historiador y como hombre. Paz y Melia dice de él que siempre "tuvo un pié en cada bando" hecho que desmiente la propia vida del cronista. En cuanto a su ecuanimidad histórica, si es cierto que no oculta sus simpatías hay que aceptar el juicio de Prescott, que dice de Pedro Pizarro que escribió como hombre de partido, pero como hombre honrado, que no procura desnaturalizar los hechos y que cree lo que dice.

El sentimiento más hondo y arraigado en el ánimo de Pedro Pizarro es su orgullo de conquistador. Como su pariente don Francisco y sus compañeros del descubrimiento cree que la tierra les pertenece y se queja amargamente de "los pretensores de agora" a los que se dan tierras y repartimientos cuando antes no se daban, "si no eran beneméritos que se habían hallado en descubrir y conquistar esta tierra" (133). Y desconociendo el valor de las crónicas de Cieza, en

uno de los pocos pasajes despectivos de su libro, surge airada y en primera persona su protesta de viejo poblador de la tierra, contra los recién venidos: "yo no le conozco con ser uno de los primeros que en este reino entraron".

La obra de Pedro Pizarro es por todos estos méritos espontáneos una de las fuentes más seguras e interesantes para la historia de la conquista. Su técnica es rudimentaria, pero la compensa su naturalidad. A pesar de su rudeza exhibe méritos que no tienen cronistas más cultos: recogió muchas noticias útiles sobre las costumbres incaicas que intercala en su relato y hasta esboza ligeras semblanzas o retratos psicológicos de los héroes de la conquista y de sus compañeros de armas, precisos y sumarios de gran interés. Su crónica, sobre todo, ofrece el perenne encanto que revisten las proezas juveniles relatadas con el tono sereno de la madurez. (5).

### Raúl Porras Barrenechea

---

(5).—Bibliografía.—La Relación de Pizarro fué publicada según don Carlos A. Romero, en el Tomo V de la colección de documentos inéditos para la Historia de España, hecha en Madrid en 1844 por Navarrete, Salva y Baranda. Don Eugenio Larrañure y Unánue publicó la Relación en el tomo VII del Ateneo de Lima, 1889, 109 a 122, 193 a 216, 253 a 268, 361 a 368 y 441 a 461 del Tomo VII y 53 a 64 y 110 a 142 del Tomo VIII. En 1917 se la reprodujo en el Tomo VI de la primera serie de la Colección Urteaga-Romero, con un erudito prólogo de don Carlos A. Romero y "discordancias" con las crónicas de Indias por el doctor Urteaga.

NOTA.—Este artículo es el desarrollo de una proposición del programa del curso de Historia del Perú (Conquista y Colonización) dictado por el autor en 1929 en la Universidad Mayor de San Marcos. No es por lo tanto, ni pretende serlo, labor de investigación original, si no de coordinación y de síntesis y por supuesto de crítica. No obstante su modestia de simple obra de divulgación y resumen, caben dentro de ella algunos aportes olvidados o descuidados, provenientes de las mismas crónicas, que rectifican o agregan datos biográficos útiles sobre la vida de los cronistas. Inicia también este artículo la revisión, que se promete hacer el autor con entera sinceridad, de las malaventuradas anotaciones con que se han reimpresso algunos cronistas, con perjuicio visible de la verdad y de la credulidad de los lectores a los que se engaña y extravía, en vez de orientar con notas semejantes a las que acompañan principalmente las obras de Estete y Pedro Pizarro — R. P. B.